

# e d i t o r i a l



## Miguel Hernández

---

*Una poética que surge de la verdad humana, desde múltiples y diferentes significados de la historicidad. Reflexiones desde la pluralidad de contextos sociales, culturales y políticos*

### ■ A su madre

Alicante, 5 de enero de 1942

Mi querida madre:

Me encuentro francamente mejor. Un poco débil, como advertirás en la letra, pero dispuesto a ponerme bien pronto, y además fuerte. Ha sido un principio de tifus, según el resultado del análisis de sangre que se me hizo. Hoy ya no existe ningún peligro. Tengo ganas de tener unas letras tuyas y saber de ti, de la tía Antonia y demás familia. No quiero que se te ocurra venir hasta que llegue el buen tiempo, a pesar de las ganas tan grandes que tengo de verte. Esta primavera vendrás, si no se me ocurre a mí ir antes. Madre, me acuerdo mucho de ti. No sufras, come, cuídate y ya vendrán tiempos mejores. Ya estoy aquí en la enfermería de la prisión, un poco impaciente de llevar 37 días en cama, y eso que es la primera vez que duermo en ella después de dos años y medio de prisión (un poco más). Bueno, vieja, se me cansa la mano y te voy a abrazar, no muy fuertemente, porque no puedo, pero sí con las fuerzas con que cuento actualmente. Hasta la tuya te saluda y abraza otra vez tu hijo.

Miguel.

[Miguel Hernández, *Epistolario*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 126-127.]

\* \* \*

*Dedico este libro*

*A Vicente Aleixandre*

Vicente: A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otros, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonorar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y la poesía, y nadie los lavará: en su misma suciedad quedarán cegados.

Tu voz y la mía irrumpen del mismo venero. Lo que echo de menos en mi guitarra lo hallo en la tuya. Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo, hacia el que tiendo todas mis raíces, alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el sopro cálido de sus movimientos nobles.

Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo [Miguel Hernández, *Viento del pueblo*, edición, introducción y notas de Juan Cano Ballesta, Madrid, Cátedra, 2006<sup>6</sup>, pp. 55-56].

\* \* \*

### ELEGÍA A RAMÓN SIJÉ

(*En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería*)

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento,  
a las desalentadas amapolas  
daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irá a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.

(10 de enero de 1936)

[Miguel Hernández, *Poemas y canciones*,  
Barcelona, Ediciones Octaedro, 2003,  
pp. 40-42.]

### VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran,  
me esparcen el corazón  
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,  
impotentemente mansa,

delante de los castigos:  
los leones la levantan  
y al mismo tiempo castigan  
con su clamorosa zarpa.

No soy de un pueblo de bueyes,  
que soy de un pueblo que embargan

yacimientos de leones,  
 desfiladeros de águilas  
 y cordilleras de toros  
 con el orgullo en el asta.  
 Nunca medraron los bueyes  
 en los páramos de España.  
 ¿Quién habló de echar un yugo  
 sobre el cuello de esta raza?  
 ¿Quién ha puesto al huracán  
 jamás ni yugos ni trabas,  
 ni quién al rayo detuvo  
 prisionero en una jaula?  
 Asturianos de braveza,  
 vascos de piedra blindada,  
 valencianos de alegría  
 y castellanos de alma,  
 labrados como la tierra  
 y airosos como las alas;  
 andaluces de relámpagos,  
 nacidos entre guitarras  
 y forjados en los yunques  
 torrenciales de las lágrimas;  
 extremeños de centeno,  
 gallegos de lluvia y calma,  
 catalanes de firmeza,  
 aragoneses de casta,  
 murcianos de dinamita  
 frutalmente propagada,  
 leoneses, navarros, dueños  
 del hambre, el sudor y el hacha,  
 reyes de la minería,  
 señores de la labranza,

hombres que entre las raíces,  
 como raíces gallardas,  
 vais de la vida a la muerte,  
 vais de la nada a la nada:  
 yugos os quieren poner  
 gentes de la hierba mala,  
 yugos que habéis de dejar  
 rotos sobre sus espaldas.  
 Crepúsculo de los bueyes  
 está despuntando el alba.  
 Los bueyes mueren vestidos  
 de humildad y olor de cuadra:  
 las águilas, los leones  
 y los toros de arrogancia,  
 y detrás de ellos, el cielo  
 ni se enturbia ni se acaba.  
 La agonía de los bueyes  
 tiene pequeña la cara,  
 la del animal varón  
 toda la creación agranda.  
 Si me muero, que me muera  
 con la cabeza muy alta.  
 Muerto y veinte veces muerto,  
 la boca contra la grama,  
 tendré apretados los dientes  
 y decidida la barba.  
 Cantando espero a la muerte,  
 que hay ruiseñores que cantan  
 encima de los fusiles  
 y en medio de las batallas.

[*Ibidem*, pp. 50-52.]

## EL NIÑO YUNTERO

Carne de yugo ha nacido  
 más humillado que bello,  
 con el cuello perseguido  
 por el yugo para el cuello.  
 Nace, como la herramienta,  
 a los golpes destinado,  
 de una tierra descontenta  
 y un insatisfecho arado.  
 Entre estiércol puro y vivo  
 de vacas, trae a la vida  
 un alma color de olivo  
 vieja ya y encallecida.  
 Empieza a vivir, y empieza  
 a morir de punta a punta  
 levantando la corteza  
 de su madre con la yunta.  
 Empieza a sentir, y siente  
 la vida como una guerra,  
 y a dar fatigosamente  
 en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,  
 y ya sabe que el sudor  
 es una corona grave  
 de sal para el labrador.  
 Trabaja, y mientras trabaja  
 masculinamente serio,  
 se unge de lluvia y se alhaja  
 de carne de cementerio.  
 A fuerza de golpes, fuerte,  
 y a fuerza de sol, bruñido,  
 con una ambición de muerte  
 despedaza un pan reñido.  
 Cada nuevo día es  
 más raíz, menos criatura,  
 que escucha bajo sus pies  
 la voz de la sepultura.  
 Y como raíz se hunde  
 en la tierra lentamente  
 para que la tierra inunde  
 de paz y panes su frente.

Me duele este niño  
hambriento  
como una grandiosa espina,  
y su vivir ceniciento  
revuelve mi alma de encina.  
Lo veo arar los rastros,  
y devorar un mendrugo,  
y declarar con los ojos  
que por qué es carne de yugo.  
Me da su arado en el pecho,  
y su vida en la garganta,

y sufro viendo el barbecho  
tan grande bajo su planta.  
¿Quién salvará a este chiquillo  
menor que un grano de avena?  
¿De dónde saldrá el martillo  
verdugo de esta cadena?  
Que salga del corazón  
de los hombres jornaleros,  
que antes de ser hombres son  
y han sido niños yunteros.  
[*Ibidem*, pp. 53-55.]

### ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decídmeme en el alma: ¿quién,  
quién levantó los olivos?  
No los levantó la nada,  
ni el dinero, ni el señor,  
sino la tierra callada,  
el trabajo y el sudor.  
Unidos al agua pura  
y a los planetas unidos,  
los tres dieron la hermosura  
de los troncos retorcidos.  
*Levántate, olivo cano,*  
dijeron al pie del viento.  
Y el olivo alzó una mano  
poderosa de cimientto.  
Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decídmeme en el alma: ¿quién,  
quién amamantó los olivos?  
Vuestra sangre, vuestra vida,  
no la del explotador  
que se enriqueció en la herida  
generosa del sudor.

No la del terrateniente  
que os sepultó en la pobreza,  
que os pisoteó la frente,  
que os redujo la cabeza.  
Árboles que vuestro afán  
consagró al centro del día  
eran principio de un pan  
que sólo el otro comía.  
¡Cuántos siglos de aceituna,  
los pies y las manos presos,  
sol a sol y luna a luna,  
pesan sobre vuestros huesos!  
Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
pregunta mi alma: ¿de quién,  
de quién son estos olivos?  
Jaén, levántate brava  
sobre tus piedras lunares,  
no vayas a ser esclava  
con todos tus olivares.  
Dentro de la claridad  
del aceite y sus aromas,  
indican tu libertad  
la libertad de tus lomas.

[*Ibidem*, pp. 56-57.]

### ANDALUZAS

Andaluzas generosas,  
nietas de las de Bailén,  
dad a los verdugos fosas  
antes que fosas nos den.  
Parid y llevad ligeras  
hijos a los batallones,

aceituna a las trincheras  
y pólvora a los cañones.  
Sembrada está la simiente:  
y vuestros vientres darán  
cuerpos de triunfante frente  
y bocas de puro pan.

[Miguel Hernández, *Viento del pueblo*,  
*op. cit.*, p. 149.]

Miguel Hernández es admirable en todo lo que se refiere a su situación personal, aun en sus circunstancias más extremas y negativas.

Unos meses antes de morir escribe a su madre una carta llena de afecto y atento a su bienestar particular, e incluso en esta situación, manifiesta un sentimiento muy firme de esperanza. Muestra en este documento un sentido de afirmación muy positivo olvidando su personal malestar y la gravedad de su enfermedad. Le dice en tono alegre a su madre: estoy «dispuesto a ponerme bien pronto, y además fuerte»... Ya vendrán tiempos mejores, le dice.

Un largo periplo de cárceles y malos tratos le habían endurecido en esta precaria situación. Sabemos que Miguel Hernández en 1938 se encuentra en Cox con su familia. Una vez finalizada la Guerra Civil regresa a Orihuela, su pueblo natal. Pero allí percibe un cierto peligro y se marcha a Sevilla y Huelva con la idea de trasladarse a Portugal. Y así lo hace. Lo que ocurre es que la policía portuguesa lo detiene y lo entrega a la Guardia Civil en Rosal de la Frontera. Lo encarcelan en la prisión de Torrijos. Finalmente lo liberan sin proceso. Se pone en comunicación con los responsables de la Embajada de Chile con la idea de viajar a Sudamérica. No logra su objetivo y regresa de nuevo a Cox donde vive su esposa e hijo. En esta circunstancia pudo llevar a cabo dos viajes de Cox a Orihuela. Pero del segundo ya no pudo volver. Lo detuvieron de nuevo y lo encerraron en el seminario de la ciudad, habilitado entonces como cárcel. De ahí fue trasladado a la prisión Conde de Toreno en Madrid. Estamos en este momento en el mes de diciembre de 1939. En 1940 lo condenan a la pena capital, que posteriormente sería conmutada por treinta años de cárcel. Con todo, su itinerario carcelario no termina aquí, sino que sigue por Palencia, Ocaña y el reformatorio de adultos de Alicante. Seguramente que esto último lo logra debido a la intervención de alguna influencia. Lo cierto es que llega a esta instalación en una muy difícil situación de salud, gravemente enfermo. Y allí muere el 28 de marzo de 1942. Se apaga así en la soledad de una enfermería carcelaria la vida de quien había iluminado muchas mentes y corazones con su compromiso político y cultural.

Miguel Hernández dedica su poemario *Viento del pueblo* a su amigo y poeta Vicente Aleixandre. Lo cual constituye una ocasión para expresar con suma seriedad lo que él entiende acerca de la naturaleza del poeta y de la poesía, de su origen e igualmente su estrecha vinculación con el pueblo.

Destacamos algunos de sus pensamientos que simultáneamente nos pueden ayudar a comprender sus más queridas afirmaciones estéticas y éticas. Dice: «nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres». Y de este modo, entiende con absoluta claridad que la poesía nunca puede morir, sino que transmite su acción de generación en generación. Miguel Hernández expresa en este texto su cosmovisión poética y su ideario estético: «nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo». Vemos que afirma aquí claramente dos de sus más íntimas experiencias poéticas que constituyen referencias indestructibles de su vida: la tierra y el pueblo. Y así le dice a su amigo poeta: «tu voz y la mía irrumpen del mismo venero». No en vano afirma lúcido y tajante: «los poetas somos viento del pueblo». Y, «el pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo».

Esta bellísima dedicatoria es motivo para que Miguel Hernández exprese lo más íntimo de su visión poética y de su teoría estética que le llevó a comprometerse muy personalmente con los sonos y aires de la República, con una causa justa y siempre llena de esperanza.

Vienen ahora los textos de sus poemas, con esa extraordinaria riqueza de lenguaje y sensibilidad poética, con sus innovaciones y acentos peculiares: la «Elegía a Ramón Sijé»; «Vientos del pueblo me llevan»; «El niño yuntero»; «Aceituneros» y «Andaluces». Diferentes situaciones que van desde la amistad al canto de la justicia, la inclusión, la dignidad, la igualdad y el respeto que merece el hombre trabajador del campo o la ciudad.

En la «Elegía a Ramón Sijé» la palabra llora y rompe el dolor de su alma amiga. No acepta su muerte tan temprana, adelantada al tiempo. Se me ha muerto —dice— como del rayo Ramón Sijé, en Orihuela, su pueblo y el mío. Miguel Hernández en este poema canta y llora a la vez. Pero, a través de su texto, descubre a su amigo y poeta habitando la naturaleza. Encuentra ahí su presencia permanente, como alimento de cuanto en ella vive, brota y crece robusto hasta tocar el aire de las estrellas y experimentar la secreta iluminación. Ahí, pues, en ese espacio oculto de la naturaleza habita el espíritu fiel de Ramón Sijé junto al amigo que requiere siempre su presencia: «y siento más tu muerte que mi vida».

Y desde esa raíz vital y energética se conecta Miguel Hernández con el argumento íntimo de su poética: «Vientos del pueblo me llevan», cuyo hilo conductor es la libertad, la dignidad y la fortaleza frente a los adversos avatares históricos. Pero siempre permanece una esperanza vital y entusiasta. «Cantando espero a la muerte, / que hay ruiseñores que cantan / encima de los fusiles / y en medio de las batallas».

Un grito de furia poética reclama la presencia y la historia de «El niño yuntero». Denuncia el poema sus penas, sus dolores y azares. La injusticia de su trabajo de niño yuntero. El poema expresa así el siguiente deseo y propósito: «que salga del corazón / de los hombres jornaleros, / que antes de ser hombres son / y han sido niños yunteros».

«Aceituneros», un poema que canta la esencia del trabajo que hace crecer los olivos. «Dentro de la claridad / del aceite y sus aromas, / indican tu libertad / la libertad de tus lomas».

«Andaluzas», generosas, llenas de vitalidad y ternura fecunda. Ellas saben perfectamente que «sembrada está la simiente: / y vuestros vientres darán / cuerpos de triunfante frente / y bocas de puro pan».

## 1. La diferente percepción histórica y poética de Miguel Hernández

Quisiéramos, en primer lugar, agradecer a los coordinadores de este número de la *Revista Anthropos*, Francisco Esteve Ramírez y Aitor L. Larrabide, su aportación innovadora y enfoque diferente al estudio de la personalidad y poética de Miguel Hernández. Todo ello muy alejado de los tópicos habituales hasta hace muy poco, en que casi únicamente se le reconocía como opositor al franquismo y mártir de la causa republicana. Ellos tienen el mérito de abrir otro camino de comprensión indagadora de su obra creativa, muy alejada de posiciones ineficientes para el entendimiento y valoración de su poética. Bienvenida sea esa mirada fresca e investigativa respecto a las innovaciones de su poética y a una mejor comprensión de su figura histórica. Entendemos que desde esta visión la obra de Miguel Hernández ha comenzado a ser valorada por sí misma y entendida desde los diferentes contextos históricos que le dan sentido e impulso.

Todo ello es fácilmente comprensible si tenemos en cuenta los *contextos* que nos señalan como guía para entender su obra creativa: los testimonios de sus coetáneos; su relación con la Universidad Popular de Cartagena; su inclusión comprometida en el laberinto de la Guerra Civil; su vinculación y amistad con Ramón Sijé, tal como él lo refleja de forma muy específica en la documentación encontrada en su archivo; la vigencia del poeta y su relación con la cultura andaluza; los lectores de su palabra poética, el imaginario artístico de la violencia; la importancia de su métrica y el ritmo de sus poemas; la simbología y fruición de sus imágenes; su irrupción como dramaturgo en el ámbito de la II República; su ferviente participación en las Misiones Pedagógicas; el itinerario político de su teatro que va a pasar de la fase de lo sacro a lo social, de lo mítico a lo épico.

Otros temas que complementan la obra de Miguel Hernández se refieren a poesía y tragedia; al sentido clásico de su construcción poética; diversos contenidos que se pueden percibir en su obra *Cancionero y romancero de ausencias* y otros muy significativos

referentes a su amistad y compromiso durante la guerra. Diferentes aspectos los constituyen su relación con la música y sus explícitas relaciones con la poética de Quevedo, el pensamiento de María Zambrano y de José Herrera Petere, entre otros.

Todo este enfoque innovador y sumamente actual de Miguel Hernández queda muy bien expuesto en la «Presentación» que los coordinadores de este número de la *Revista Anthropos* escriben para esta ocasión. Señalamos algunas de sus ideas más significativas. Piensan, con gran acierto, que Miguel Hernández representa el ejemplo más evidente de la evolución de la lírica hispánica del siglo XX. «Y un intimismo que responde a la destrucción de las esperanzas puestas en un régimen político que se derrumbó». Indudablemente, con todo, su obra traduce las inquietudes históricas de su época.

Consideramos de enorme importancia resaltar la siguiente tesis en la que los coordinadores insisten con cierta frecuencia: comprender la naturaleza de la poética del autor supone detenerse en el contexto histórico, social, político y cultural, a pesar de que su mensaje poético estiman que es realmente universal, «porque emana de la verdad humana».

Aluden varias veces al hecho de que la cercanía del próximo centenario de su nacimiento constituye una oportunidad para reflexionar acerca de su *voluntad de estilo*, pero más específicamente sobre su «trayectoria vital y especialmente literaria». Igualmente me parece reseñable cómo en este número de la *Revista Anthropos* se ofrecen algunos de los principales hallazgos que las jóvenes generaciones de estudiosos han logrado mostrar de la originalidad y pertinencia extraordinaria de su obra, de su personalidad y compromiso social. El enfoque interdisciplinar que, con toda certeza, ha enriquecido enormemente el conocimiento y novedad de su creación literaria.

Destacamos asimismo otra de las consideraciones que nos proponen ambos coordinadores: «La universalización de su mensaje poético está fuertemente enraizado en íntimas y familiares querencias oriundas de un pueblo mediterráneo como Orihuela, lugar por donde transitaron y se asentaron diversas civilizaciones, lleno de una luz cenital y una naturaleza feraz que se complementan con la presencia en el imaginario colectivo de modos y costumbres de procedencia religiosa que han marcado intensamente su ritmo como pueblo y pujante ciudad». Imposible olvidar las huellas y presencia invisibles de la historia cultural y de la alteridad creativa, hechos luz y paisaje.

De este modo, podemos percibir que su poética se constituye en símbolo de su propia realidad inmediata y de su vibrante contexto socio-cultural y político.

Los avatares recientes de la política española han limitado la comprensión de su obra. Los autores de esta presentación desarrollan ampliamente la secuencia de estas ideas y captan perfectamente los momentos más importantes de la recepción de su obra en América Latina o en España o, incluso, en otros lugares del mundo, especialmente en los Estados Unidos.

Pensamos que la intención de los coordinadores únicamente ha sido ofrecernos «un buen ramillete de contribuciones científicas sobre el poeta oriolano, variadas en los temas tratados, pero unidas por una línea subterránea, íntima de homenaje... sobre los apasionantes retos que todos los hernandianos tenemos por delante de cara al Centenario del nacimiento en el 2010». E igualmente desean que la presencia de Miguel Hernández en la literatura española permanezca más allá de los cambios sociales o políticos, esto es, siga siendo la voz del pueblo, su estrella y guía de un nuevo sentir y pensar.

## **2. La cultura como sujeto histórico de la revolución social y responsable de la implantación de valores alternativos, nuevos**

Diferentes acontecimientos históricos del devenir de España, en el pasado, han mostrado el valor de la cultura concreta, cotidiana y popular con fuerza de ser argumento de vida y sentido, esto es, con capacidad para producir cambios sociales en profundidad.

En este caso la cultura habría funcionado como sujeto histórico y motivo fundamental de la revolución social, la implantación de valores nuevos superadores de las desigualdades sociales. El hecho de la desigualdad se muestra siempre en convivencia y armonía con los intereses de los grupos hegemónicos en el poder. Lo cual nos señala muy directamente todo aquello que supone un proyecto social de cambio en este sentido.

Ya en el breve tiempo de la I República se produjeron hechos muy significativos al respecto. Se abrió allí un proceso de cambio cultural y político que subterráneamente llegó hasta la II República. La iniciativa de las *Misiones Pedagógicas*, bajo este aspecto, ha constituido un acontecimiento especialmente significativo y extraordinario por su eficacia en la modificación de hábitos y valores de las mayorías populares.

La propuesta de las *Misiones Pedagógicas* se ha experimentado como una verdadera herramienta de cambio social muy particularmente en el medio rural. Este proyecto cultural y político tenía como objetivo peculiar y propósito difundir la cultura del país entre aquellos que tradicionalmente habían quedado excluidos de los bienes culturales, presentes principalmente en la capital o en sus ciudades.

Pero, en este caso, habríamos de entender la cultura como un camino para encontrar la felicidad y la armonía personal y social a través del arte y la expresión directa de un proyecto colectivo. De este modo, fueron muchos los intelectuales que participaron en esta singular aventura.

Américo Castro ha entendido el sentido de las *Misiones Pedagógicas* como una tarea mucho más allá de las diferencias entre izquierdas y derechas. Con todo, hemos de admitir que la utilización de la cultura como argumento de cambio social ha constituido, más bien, un proyecto de la izquierda en su actuar específico y organizativo en los breves periodos en que logró conquistar el poder. Sin embargo, Américo Castro considera la derecha de forma sutil, *como dinamitera de la cultura*, cuyas consecuencias más importantes de este hecho han sido el exilio o las rutas truncadas, como la rebelión habida el 18 de julio de 1936 contra la II República. Américo Castro es muy gráfico y contundente al respecto. Dice: las derechas «prefieren que España se acabe a que la salven ellos», la izquierda autogestionaria, antiborbónica y popular.

Las *Misiones Pedagógicas* no sólo llevaron a pueblos y aldeas las riquezas múltiples y expresivas de España: el teatro, la literatura, la música, el cine, sino que también creó instituciones de largo alcance como las bibliotecas, el Museo del Pueblo, y otras realidades de un enorme interés. Su objetivo fundamental estaba dirigido «a educar la inteligencia y el goce del pueblo» y esto aunque al Museo del Pueblo únicamente se han podido llevar copias de los originales de la riquísima plástica habida en el Museo del Prado, dada la dificultad del traslado de las obras y la dinámica de su operativo material y logístico.

Lo cierto es que «quisieran las *Misiones* llevar este museo a las aldeas más pobres, más lejanas y escondidas [...] Porque para esos pueblos son principalmente las *Misiones*, para los desheredados».

Las actividades que enriquecían estos quehaceres pedagógicos y culturales eran la plástica en su conjunto y una selección de los temas más vivos y populares de nuestra tradición e historia cultural. El cine fue otro de los grandes instrumentos de cultura que conmocionaron y entusiasmaron a las gentes, particularmente las grabaciones y documentales que se hacían de los actos culturales programados por las *Misiones*. Otra de las experiencias de gran éxito fue el teatro de Rafael Dieste con su *Retablo de fantoches*. Todo ello además, acompañado de la música, la literatura y el coro popular con sus exquisitas actuaciones. Pero especialmente el Museo del Pueblo respondía a una profunda pedagogía popular y visual, tal como lo ha señalado el creador de las *Misiones Pedagógicas* Manuel Bartolomé Cossío, quien encontró su significado precisamente en que «las *Misiones* quieren llevar a los pueblos campesinos, para que el goce y la enseñan-



za... de unas modestas copias, al menos, de las mejores pinturas que como magnífico tesoro guarda la Nación en sus museos».

Se reconoce aquí implícitamente el derecho de todo ser humano a disfrutar de la creación artística y de su dimensión estética y ética. Y así afirma muy convincente Francisco Caudet que la cultura, tiene como primera función «restituir al hombre la integridad y la conciencia de su valor». Los objetivos, pues, que se proponen las *Misiones Pedagógicas* es «divertir y alegrar la vida de los pueblos». Pero Manuel Bartolomé Cossío también señala otros igualmente complementarios de éstos y que, a su vez, le dan suma concreción. Tales eran los de «despertar el afán de leer en los que no lo sienten, pues sólo cuando todo español no sólo sepa leer [...], sino que tenga ansias de leer, de gozar y divertirse, sí, divertirse leyendo, habrá una nueva España». He ahí su dimensión política concreta y esperanzadora. Es en este sentido que se trataba de un verdadero proyecto político colectivo, cuyo hilo conductor lo constituye la siguiente tesis: «la adquisición popular de una cultura democrática era esencial para la realización de las aspiraciones del nuevo Gobierno, que pretendía transformar la sociedad a partir de la justicia social y la eliminación de las diferencias y privilegios por riqueza, sexo, clase social o religión».

La estrategia para difundir la cultura en estos ambientes, generalmente rurales, lo constituyó la juglaría, «ésta era el arte de entendernos con el pueblo, de entrar en viva y cordial comunicación con él y, por feliz carambola, de ser, a nuestra vez, orientados por él». La interacción entre misioneros de la cultura y el pueblo era seria y mutua.

El cine fue una herramienta muy positiva y eficaz en su trabajo de difusión y pedagogía cultural. De este modo, «las imágenes de *Misiones* fueron utilizadas para modificar la opinión pública y transmitir significados políticos». Y así también «sus fotografías cobraron vida propia en las publicaciones. Durante la Guerra Civil llegaron a ser la mejor imagen de la democracia española».

La acción de las *Misiones Pedagógicas* constituye una experiencia eficaz de cómo la cultura puede ser una herramienta muy seria y eficiente para el logro de una revolución social a través de la palabra y la acción intelectual compartida.

Pero lo que significa cabalmente este planteamiento es, en el fondo, como diría Rafael Dieste, «la vocación de ser persona». Este deseo «es lo que da lugar al nacimiento de toda la filosofía oriental y griega». De ahí nacen todas las otras vocaciones «que después se convierten en profesiones».

He ahí, pues, el poder enorme y firme de la cultura, para llevar a cabo la tarea de transformación y plurificación del ser humano en cualquier condición de su vida social.

Otros ejemplos que vienen a confirmar plenamente la eficacia de esta propuesta y proyecto político, fueron los logros simultáneos del movimiento libertario, en la Península, a través de sus universidades y ateneos populares.

Miguel Hernández fue un ferviente paladín de este proyecto y colaboró con él muy activamente a lo largo de su corta vida y posteriormente nos ha dejado la presencia testimonial de su obra.

[N.B. Las breves citas que se señalan en este apartado pertenecen al libro *Las Misiones Pedagógicas 1931-1936*, publicado por el Ministerio de Cultura, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Residencia de Estudiantes, Madrid, 2006.]

### 3. Miguel Hernández un poeta del pueblo y de su revolución social

Hemos de señalar, en primer lugar, una característica muy peculiar de la vida y obra de Miguel Hernández: su poética e ideología social arrancan del hontanar más íntimo de su

vida cotidiana. Por lo cual, queremos que el siguiente texto haga referencia a su vida y a su proceso de creación intelectual.

Nació Miguel Hernández en la localidad alicantina de Orihuela, el 30 de octubre de 1910, en el seno de una familia humilde. Desde niño hubo de dedicarse al pastoreo: su padre era cabrero. Su asistencia al colegio duró pocos años, de manera que su formación cultural y literaria debió mucho a su autodidactismo, a veces orientado por mentores como el sacerdote Luis Almarcha, con el tiempo obispo de León, y José Marín Gutiérrez, joven intelectual oriolano que firmaba con el seudónimo de «Ramón Sijé». Gracias a ambos comenzó a conocer el futuro poeta a los principales escritores españoles del Siglo de Oro y contemporáneos.

El primer contacto de Hernández con el ambiente cultural madrileño se produjo en 1932. La experiencia fue tan azarosa como positiva, pues a su regreso a Orihuela intensificaría la elaboración de su primer libro, compuesto de poemas neogongorinos, *Perito en lunas*, aparecido en Murcia en enero de 1933. Durante dicho año, el joven autor siguió elaborando nuevos textos en verso del mismo corte, pero inició asimismo otras tentativas poéticas. En la primavera de 1934 ya estaba de nuevo en la capital de España, donde el erudito y experto en tauromaquia José María de Cossío lo puso a su servicio como redactor de artículos para la gran enciclopedia que estaba preparando sobre el mundo de los toros. Paralelamente, Hernández asistió a la tertulia de Pablo Neruda en casa del poeta chileno, y pudo cultivar la amistad de diversos escritores.

La vinculación de Miguel Hernández con la revista *El Gallo Crisis*, de signo neocatólico, y que había puesto en marcha «Ramón Sijé» en Orihuela en junio de 1934, no tardó en irse debilitando, en gran medida a causa de la presión ejercida por Neruda, a quien no satisfacía aquella publicación, por sus connotaciones eclesiásticas. En octubre de dicho año, la insurrección revolucionaria de la clase obrera, en Asturias, desencadenó definitivamente la llamada literatura «social», siendo uno de los factores decisivos del posterior «compromiso» político de Miguel Hernández con las clases populares y el comunismo.

En 1935, la principal labor literaria del poeta fue la creación de poemas amorosos. Y la progresiva relación de amistad con Vicente Aleixandre fue otra de las motivaciones significativas de entonces. En diciembre muere «Sijé», iniciándose 1936 con la publicación de su segundo libro de poemas, *El rayo que no cesa*, en el que se inserta una emotiva elegía inspirada en el entrañable amigo fallecido.

Tras estallar la guerra civil en julio de 1936, Miguel Hernández se incorporó como voluntario al Ejército republicano, en concreto al Quinto Regimiento. Luego se enroló en el batallón comandado por «El Campesino», en calidad de comisario político. Algún tiempo después se integraría en la Primera Brigada como delegado cultural. Entretanto, iba creando los poemas de su libro *Viento del pueblo*, que comprende composiciones de los años 1936 y 1937.

En marzo de 1937 se casó el poeta, por lo civil, con Josefina Manresa, y en julio participó en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Posteriormente viajaría a la Unión Soviética, con objeto de asistir a varias representaciones teatrales (en Moscú, Leningrado y Kiev) que pudieran ser útiles como modelo para el tipo de teatro revolucionario que tanto él como otros autores intentaban. Un mes y algunos días de ajetreo cultural y político fueron el balance de su estadía en aquellas tierras. Regresó a España por Barcelona, vía Londres y París. Poco antes de finalizar el año, Josefina daba a luz al primer hijo del matrimonio [Miguel Hernández, *Poemas y canciones, op. cit.*, pp. 7-9].

Consideramos de extraordinaria importancia cuanto aquí se relata en referencia con su contexto familiar originario. Su lectura personal del mismo es una admirable lección de aprendizaje autodidacta y de superación. En esta ocasión sentimos brotar de sí mismo los mejores ecos de su creación. Así como los diferentes contextos intelectuales y sus respectivas influencias estéticas y políticas. Su compromiso social y cultural va a ser una consecuencia de su evolución personal. De este modo, vemos cómo evolucionan de forma muy conjugada su experiencia de creación, su madurez intelectual y sus compromisos sociales, culturales y políticos.

Motivo de todo ello fueron sus varios y significativos avatares que marcan, en un determinado momento, el quehacer de su vida. Pero hay algo, que finalmente le enclava en una realidad dura y persistente, le enfrenta y victimiza a la violencia física e ideológica de los vencedores, a sus instrumentos de reeducación social e ideológica totalitarias: la cárcel.

Se ha de destacar por su importancia y trascendencia futura su testimonio de vida y asimismo las diferentes etapas que atraviesa su creación poética y estética en general. Algunos autores señalan las siguientes: la poética neogongorista. «En la poesía de Miguel Hernández se advierte un primer periodo, al que se puede denominar “prehistoria poética”, en el que se ponen en práctica varios estilos, pero en el marco de su “sonata pastoril”, que es como el poeta mismo calificó al conjunto de sus versos escritos con anterioridad a su primer libro publicado». En consecuencia, «parece oportuno afirmar que el neogongorismo del poeta de Orihuela no nace desfasado, como a veces se ha dicho, pues supone un intento de actualizar la deshumanización del arte, insuflándole el componente humano neorromántico, que es típico de los años treinta y que se inicia con la década. *Perito en lunas* es un libro clave en la trayectoria hernandiana, un libro a partir del cual su autor irá avanzando en un proceso de progresivo alejamiento del ascendiente gongorino».

Otra expresión e influencia muy concreta y notable se refiere a la época de la cosmovisión neocatólica: «En el periodo que abarca los años 1933 y 1934 destaca en la obra de Miguel Hernández la cosmovisión de signo neocatólico. Pero en esta fase la temática religiosa cohabitará con la práctica neogongorista precedente, y con los comienzos de la lírica amorosa». Se muestran a continuación en su poética los rasgos de una expresión estética neorromántica: «Después de *Perito en lunas*, Hernández fue trabajando en la composición de otro libro de poemas, bajo una estética distinta, pero igualmente moldeado en el clasicismo. Este libro es, en sus rasgos generales, un conjunto sanjuanista. Sería el núcleo más temprano del futuro poemario *El silbo vulnerado*, un poemario que se convertirá, merced a sucesivas supresiones y aumentos de poemas, en *El rayo que no cesa*, en el que confluyó también *Imagen de tu huella*, un grupo de sonetos que asimismo sirvieron como materiales para el logro de dicho libro». Esta poética se manifiesta posteriormente en la lírica de la angustia. «Es la poética surgida de una interiorización fruto del amor y que supone adentrarse en una angustia que se liga, en verdad, al sentimiento amoroso, pero que no se reduce a él, sino que lo trasciende en forma de angustia metafísica y existencial. Sentir la vida amenazada, que se vive en un ay, como se advierte nítidamente en poemas como “Un carnívoro cuchillo”, “Mi corazón no puede con la carga” y “Como el toro he nacido para el luto”, supone un hondo sentimiento trágico de la vida, arraigado en profundas premoniciones y angustias, tan típicas de nuestro tiempo, un sentimiento que es, por contemporáneo, a la vez individual y colectivo, y desde luego original en la poesía española de la época».

Se sigue a continuación un proceso abierto y atento a cuanto acontece en la sociedad y a sus gentes, en tanto políticas comprometidas:

La intención marcadamente social hernandiana se fue evidenciando asimismo en determinadas composiciones poéticas, sobre todo desde los versos de «Alba de hachas» y del soneto «A Raúl González Tuñón», textos ambos en la encrucijada de los años 1935 y 1936. Aunque su calidad artística no es muy reconocida, «Alba de hachas» ostenta la peculiaridad de ser el primer intento de poesía social que escribió el poeta de Orihuela [...] En *Viento del pueblo* se ha destacado el entrecruce de diversas tonalidades (elegíacas, autobiográficas, advocativas, monitorias e imprecatorias) en cada una de las composiciones, las cuales permiten ser distribuidas en cuatro clases básicas: elegías, odas, cantos épicos e imprecatorios. Sin embargo, la dimensión elegíaca gravita en el libro entero, no en balde en el mismo se plasma la idea de que la muerte señorea la guerra civil.

Las sustanciales aportaciones de este poemario a la poética hernandiana consistieron en tender un puente de unión entre la praxis de la poesía militante desplegada por los años treinta y el canto popular. Pero Miguel Hernández mostró también, en este libro, las posibilidades de una moderna épica oral.

*El hombre acecha* incluye poemas compuestos durante los años 1937 y 1938. El libro comprende dieciocho textos, algunos de ellos escritos a raíz de la estancia del poeta en la Unión Soviética, así los titulados «Rusia» o «La fábrica ciudad». La obra fue dedicada a Pablo Neruda [*ibidem*, pp. 18, 19].

Otro aspecto no menos interesante de su obra y, a su vez, muy significativo es lo que algunos autores llaman *la exploración interior*:

A pesar de que en sus últimos años creó Miguel Hernández poemas de gran aliento y de incomparable belleza, poemas variados de forma, con estrofas y rimas diversas, y con líneas largas, como las de los alejandrinos y endecasílabos, la poética final más representativa es la de la ausencia, concentrada singularmente en los versos de *Cancionero y romancero de ausencias*. Comenzado en 1938, a raíz de la muerte de su primer hijo, el núcleo originario del conjunto fue compuesto básicamente en la cárcel, y desde octubre de 1938 a septiembre de 1939. Setenta y nueve poemas, todos copiados en un cuaderno entregado a Josefina Manresa, constituyen dicho núcleo. Publicado el libro póstumamente, diversas aportaciones han permitido aumentar el número de poemas susceptibles de pertenecer a esta serie [...] La poética es ahora exploración del hondón vivencial, y afloración de las formas adecuadas para expresarlo. Es una poética de la autorrevelación personal y del apoyo anímico en la escritura. Es la poética de la desestima de toda poética preestablecida. Es la poética más suya, la más genuina y moderna, la que consigue multiplicar las dimensiones del lenguaje imprimiéndole renovada potencia interior [*ibidem*, pp. 21, 22].

Con todo, quisiéramos finalizar este punto con algunas consideraciones de Juan Cano Ballesta, uno de sus máximos estudiosos, relativas a su edición de *Viento del pueblo*. Este analista de la obra de Miguel Hernández resalta, en esta ocasión, diferentes aspectos de su personalidad y de su poética. Y en definitiva lo viene a calificar como *poeta del pueblo en guerra*.

*Viento del pueblo* representa un tipo especial de poesía, ligada a las peripecias del acontecer histórico, a la que se consagra Miguel Hernández en el revuelto ambiente de la guerra civil. Es la obra más vibrante de quien mereció ser llamado «gran poeta del pueblo» y «el primer poeta de nuestra guerra». Los poemas de este libro surgen de una historia que se está haciendo y en la que tratan de imprimir su huella. El combatiente y el poeta palpitan en él con sus preocupaciones, angustias e ilusiones, en el ritmo atropellado de sus versos, en la fluidez de sus romances y en el chisporroteo de imágenes sorprendentes.

Ya el título *Viento del pueblo* alude a aquel viento huracanado, al desbordamiento de vida, pasión e impetuosidad colectiva, por el que Miguel Hernández se siente arrebatado y empujado a la acción solidaria:

Vientos del pueblo me llevan,  
vientos del pueblo me arrastran...

[Miguel Hernández, *Viento del pueblo*, *op. cit.*, p. 11.]

E igualmente muy significativo es lo que Juan Cano Ballesta nos cuenta de *Los poetas y la revolución*.

Ya desde los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, y con ritmo más acelerado desde la proclamación de la República, habían comenzado ciertos poetas, encabezados por Emilio Prados y Rafael Alberti, a deslizarse desde el culto a la pureza y el refinamiento artístico hacia la espontaneidad, la efusión romántica, el compromiso político y la necesidad de librar los sentimientos de cualquier tipo de camisa de fuerza expresiva. Desde 1933, Alberti se convierte

en «poeta en la calle» y comienza a publicar cantos revolucionarios, poesía de propaganda política y feroces ataques a la burguesía en defensa del comunismo. Éstos impresionaron vivamente a Miguel Hernández, recién llegado a Madrid, y sembraron en su espíritu joven y maleable el germen de la inquietud política. También Emilio Prados se entregó durante años a una intensa acción revolucionaria a través de su creación poética, que comienza a lograr amplia divulgación en la revista *Octubre* a partir de 1933. Los brotes de la poesía politizada se hacen cada vez más frecuentes e intensos, surgiendo voces como la de Pla y Beltrán, que lanza sus «gritos revolucionarios» en *Epopeyas de sangre* (1934), o Arturo Serrano Plaja, quien publica su *Destierro infinito* (1936) con una oda a Aída Lafuente, la heroína de la revolución de octubre.

El mismo Miguel Hernández, tras la revuelta de los mineros de Asturias, que puso a los intelectuales en pie de guerra, es posible que ya comenzara a hacer sus primeros ensayos en un tipo de poesía revolucionaria, de la que nos han llegado «Alba de hachas» y «Sonreídme», ambos anteriores a la guerra civil. Al moverse en los círculos claramente revolucionarios de la revista *Octubre*, de R. Alberti, Pablo Neruda y Raúl González Tuñón, canta su liberación del viejo ambiente católico y conservador, mientras incita a la gran revolución, que anuncia con caracteres apocalípticos como «un derrumbamiento babilónico». [...]

El gran acontecimiento histórico que logró la definitiva derrota de todo tipo de esteticismo y purismo lírico fue inevitablemente la guerra civil española, que como un poderoso vendaval empujó a espíritus muy sensibles, entre los que destacan R. Alberti y M. Hernández, a convertirse en voceros de la lucha del pueblo. [...]

Pero M. Hernández sabe definir con mayor precisión lo que él considera su misión: luchar por la justicia, por la superación del caos, empujar a la acción en momentos de desaliento, enardecer y levantar los ánimos. [...]

*Viento del pueblo*, los poemas sueltos de fechas próximas, y *El hombre acecha*, constituyen la más amplia unidad que abarcaría toda la producción poética realizada bajo las circunstancias de la guerra y con la tonalidad épica que tan singular hecho imponía. Pero también es cierto que esta vasta producción bélica experimenta una clara evolución. La experiencia de la contienda, el ánimo de los combatientes, e incluso las oscilaciones del gusto del público y del mismo poeta, se proyectan en una tonalidad y unos modos de expresión diferenciados. Éstos reflejan un clímax de tensión épica y su desmoronamiento, de fervor bélico y de desencanto, que dan pleno sentido a una partición binaria de la poesía de guerra y que empujan al propio M. Hernández a dividirla en dos libros distintos. [...]

Miguel Hernández piensa que su función de poeta es precisamente levantar los ánimos, sembrar fe en el triunfo del pueblo y «conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas». Esto presta al libro una entonación especial: apasionamiento, fervor épico, jubilosa agresividad.

[...] «el poeta parece exorcizar fantasmas interiores» y se siente por momentos abandonado «a la tentación de dejar operar la muerte». Estas versiones revelan, de modo sorprendente, las tremendas dudas y angustias del hombre:

la tierra entera no puede  
tragarse tanta mortaja  
los cadáveres te inundan...  
¿Dónde vas con tantos muertos  
jóvenes a las espaldas...  
a veces me dan anhelos  
de dormirme sobre el agua  
y de despertar jamás  
y no saber más de mí  
mañana por la mañana [...]

Ante el espectáculo de destrucción, ruinas, y tantas jóvenes vidas segadas en flor, el poeta sufre depresiones y pensamientos de suicidio, y por momentos parece incluso dudar de la victoria sobre el enemigo. El aparente tono jubiloso del libro, y su ejemplaridad política y moral, en medio de las contorsiones de la guerra, apenas nos dejan sospechar las tremendas tempestades que se levantaban en el espíritu angustiado del poeta [*ibidem*, pp. 13, 14, 16, 18-19, 20].

De esta forma, podemos seguir el recorrido creativo y humano de la sensibilidad ética y estética del autor; esto es, el *Itinerario del poeta en armas*, en el que se formula, referente al arte y a la guerra, un punto de vista tanto teórico como práctico.

La poesía de *Viento del pueblo* es la expresión íntima y vigorosa de un poeta que lucha activamente en los frentes, comparte la existencia diaria de los milicianos, vive en aquel momento la honda experiencia del amor y de la paternidad, y trata al mismo tiempo de convertirse en portavoz y guía de su pueblo envuelto en una sangrienta lucha [*ibídem*, p. 43].

En verdad que Miguel Hernández es, definitivamente, el poeta del pueblo y de la revolución social.

## Conclusión

Miguel Hernández ha constituido, en el muy breve tiempo que duró su vida, un extraordinario proyecto ético y estético muy ejemplar; el cual nos invita a descubrir, más allá de tópicos y fórmulas ya muertas, su renovación de la creación poética y su modelo de vida constantemente estimulante. El poeta canta y nos cuenta de alguna forma una historia colectiva, que lucha por su dignidad y la autonomía de todas las gentes. Pero, sobre todo, se nos revela en su poética la exquisita y doliente sensibilidad que muestra ante el sufrimiento del otro, el dolor de los jóvenes y del pueblo en general. Y así nos canta en su poema:

### SENTADO SOBRE LOS MUERTOS

Sentado sobre los muertos  
que se han callado en dos meses,  
beso zapatos vacíos  
y empuño rabiosamente  
la mano del corazón  
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes  
y baje a la tierra y truene,  
eso pide mi garganta  
desde ahora y desde siempre. [...]

Ayer amaneció el pueblo  
desnudo y sin qué ponerse,  
hambriento y sin qué comer,  
y el día de hoy amanece  
justamente aborrascado  
y sangriento justamente.  
En su mano los fusiles  
leones quieren volverse  
para acabar con las fieras  
que lo han sido tantas veces.

[*Ibídem*, pp. 62-63.]

Miguel Hernández insiste en querer dejarnos un mensaje:

### RECOGED ESTA VOZ

Naciones de la tierra, patrias del mar, hermanos  
del mundo y de la nada:  
habitantes perdidos y lejanos,  
más que del corazón, de la mirada.

Aquí tengo una voz enardecida,  
aquí tengo una vida combatida y airada,  
aquí tengo un rumor; aquí tengo una vida.

Abierto estoy, mirad, como una herida.  
Hundido estoy, mirad, estoy hundido  
en medio de mi pueblo y de sus males.  
Herido voy, herido y malherido,  
sangrando por trincheras y hospitales.

Hombres, mundos, naciones,  
atended, escuchad mi sangrante sonido,  
recoged mis latidos de quebranto  
en vuestros espaciosos corazones,  
porque yo empuño el alma cuando canto.

Cantando me defiendo  
y defiendo mi pueblo cuando en mi pueblo  
[imprimen  
su herradura de pólvora y estruendo  
los bárbaros del crimen.

Ésta es su obra, ésta:  
pasan, arrasan como torbellinos,

y son ante su cólera funesta  
 armas los horizontes y muerte los caminos. [...]  
 Será la tierra un denso corazón desolado,  
 si vosotros, naciones, hombres, mundos,

con mi pueblo del todo  
 y vuestro pueblo encima del costado,  
 no quebráis los colmillos iracundos.

[*Ibidem*, pp. 83-84, 85-86.]

Miguel Hernández detiene su mirada frente a la condición del trabajador del campo:

#### JORNALEROS

Jornaleros que habéis cobrado en plomo  
 sufrimientos, trabajos y dineros.  
 Cuerpos de sometido y alto lomo:  
 jornaleros. [...]

[*Ibidem*, p. 91.]

#### ACEITUNEROS

Andaluces de Jaén,  
 aceituneros altivos,  
 decidme en el alma: ¿quién,  
 quién levantó los olivos? [...]

[*Ibidem*, p. 95.]

Finalmente, no podemos olvidarnos de su sensibilidad para el acontecer colectivo que canta en:

#### VIENTOS DEL PUEBLO ME LLEVAN

Vientos del pueblo me llevan,  
 vientos del pueblo me arrastran,  
 me esparcen el corazón  
 y me avientan la garganta. [...]

Cantando espero a la muerte,  
 que hay ruiseñores que cantan  
 encima de los fusiles  
 y en medio de las batallas.

[*Ibidem*, pp. 65, 67.]

En verdad que ahora podemos referirnos con todo sentido al hecho de que la voz poética de Miguel Hernández surge de la verdad humana, encarnación ésta de múltiples y diversos significados de una historicidad siempre ambigua y electiva. Bajo este aspecto su creación poética la hemos de entender a partir de su valor intrínseco, pero también desde la pluralidad de contextos sociales, culturales y políticos que la permean y traspasan en su sentido más íntimo.

La verdad y la innovación están en el poema. Miguel Hernández ha encontrado la voz líquida de la musa que lo eleva y convierte en poeta del pueblo.